

*pera, todo lo sobrelleva, todo lo soporta: la caridad nunca fenece por mas que todo se acabe (1).*

Ved aquí, mis hermanos, descrita por el Apóstol la verdadera caridad que debe resplandecer en los discípulos de Jesucristo. No es paciente ni benigna, ni por consiguiente verdadera caridad la de aquel que se desespera en sus sufrimientos, que rechaza con desden al pobre que se le acerca á implorar un socorro de su hermano. No es caridad verdadera la del soberbio que se propone vengar la mas lijera ofensa, porque la caridad no se ensoberbece. No es verdadera caridad la de aquel iracundo que creyéndose mejor que los demas, esta propenso á pensar y hablar mal de sus prójimos, porque la caridad no se mueve á ira ni piensa mal. Vamos á ver ahora á la caridad, practicada con todos los requisitos que nos advierte el Apóstol, por esa Virgen Purísima, madre de la caridad. Y en efecto, no se puede amar á Dios sin amar todas las cosas que Dios ama. Es sabido que no ha habido criatura alguna que ame á Dios mas extraordinariamente que María, como oísteis ayer; luego tampoco ha habido quien ame mas cordialmente á las criaturas que María, toda vez que la Señora sabia muy bien el amor que Dios profesa á la humanidad. María Santísima, que era mujer muy instruida en las Santas Escrituras, y que leía y meditaba los profetas, sabia que habia de venir el Reparador de la estirpe culpable, y los anuncios de Isaías y los demas profetas le hacian conocer que el Mesías que con tantas ansias era esperado, habia de padecer grandes tormentos y habia de morir cual criminal por el hombre. Ahora bien, llega el momento

(1) Ibid. v. 4 et seq.

de la Encarnacion del Verbo en sus purísimas entrañas. El arcángel San Gabriel es el destinado para anunciar á María el gran misterio que envolvía en sí su altísima elevación, y la exaltacion de la humanidad entera. El ángel atraviesa con mas rapidez que el rayo el inmenso espacio que media entre el trono de Dios y la humilde habitacion de la Virgen de Judá, á la cual se presenta con forma humana, y exige su consentimiento para que se lleve á cabo la Encarnacion. María le presta, consintiendo que se obre en ella la voluntad de Dios, de quien se confiesa esclava; y consintiendo en ser madre, consiente tácitamente en ver padecer y morir al Hijo de sus entrañas, y en sufrir ella terribles angustias y dolores inmensos y profundos, para que se salvara la humanidad. ¡Qué bello rasgo de caridad! Esta sí que es una verdadera caridad paciente y benigna, como la que el Apóstol exige de nosotros. ¡Con cuánta razon la Iglesia te colma de bendiciones, benditísima María! ¡Qué justo es el regocijo de sus hijos, que te cantan alabanzas continuas, conociendo que has sido el conducto de nuestra eterna felicidad! ¡Bendígante todas las generaciones, pues todas te son deudas de su rescate, puesto que nos diste al Reparador! Yo contemplo, mis hermanos, en aquel instante sobre toda ponderacion feliz; y no puedo menos de admirar el orden de la Providencia, que quiso que María prestase su consentimiento, á fin de que la obra de la Redencion fuese meritoria á esta Señora, que era la esperanza de todos los siglos: contemplo á los ángeles del cielo suspensos y en silencio, deseando oír las palabras de María, porque de ellas dependia la salud de la humanidad; y en el cielo y en el limbo, y en la tierra y en todos los án-

gulos del globo esperábase escuchar el eco mágico y encantador de la tierna Virgen destinada para que se llevase á efecto en su vientre la union hipostática que habia de producir el Salvador. Cesen ya vuestros lamentos, justos habitantes que en el limbo suspirais por vuestra redencion. No se oigan ya en adelante esas voces de los patriarcas, que muestran su deseo anhelante porque tengan cumplimiento las profecías. Cumpliéronse vuestros vaticinios, santos profetas, porque esa feliz mujer que esperabais y anunciabais al mundo; esa criatura venturosa que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, segun el oráculo divino, existe ya en el mundo, y compadeciéndose de la desgracia que pesara sobre la humanidad, ha dado su consentimiento para poder producir por obra del Espíritu Santo al que ha de romper las duras y pesadas cadenas que nos aprisionaran al terrible carro del fuerte armado.

Señores ¿podremos presentar una prueba mas clara, mas luminosa, ni mas evidente de la caridad de María Santísima para la humanidad? ¡Ah! Pasad os ruego, vuestra vista por el trozo del Evangelio en que se nos refiere el primer milagro obrado por Jesucristo. Hablo de las bodas de Caná. Los desposados se apuran al ver que falta el vino en lo mas grato del festin. María cuyo corazon es todo piedad; María, en cuya alma están grabados los mas nobles sentimientos de caridad, ruega en el momento á su Divino Hijo que remedie la necesidad, consiguiendo que sus peticiones sean despachadas favorablemente. La caridad no es ambiciosa. Vedlo prácticamente en este ejemplo bíblico que acabamos de citar. María nunca pidió nada para sí, y si para sus prójimos. Cuando se vió obligada á

trasladarse al Egipto, no pidió al Dios que llevaba en sus brazos que suavizase las penalidades del viaje; ni cuando se vió en tierra estraña, le rogó tampoco que la librase de los trabajos y necesidades. A su corazon solo llegaron los trabajos y las necesidades ajenas. Quisiera cuando vivia en la tierra haberlas podido socorrer todas, asi como ahora que reina en los cielos como Soberana de los ángeles y de los hombres, se emplea ora en pedir á su Hijo por nosotros, ora en ampararnos por sí misma, y en impetrar gracias en favor de los miserables pecadores. Si viviendo en la tierra mostró lo heróico de su caridad, emprendiendo un largo viaje para ir á casa de Santa Isabel para emplearse en su alivio ¿qué no hará por nosotros ahora que habita en los cielos? Y cuenta, mis hermanos, que no quiero detenerme en presentar á María en aquellos momentos en que se obraba en la cruz la Redencion de la humanidad. No me detengo en haceros ver aquella caridad con que ella ofrece el martirio de su corazon, junto con los tormentos de su Hijo, en beneficio de los mortales.

Fijémonos, mis hermanos, en lo que María ha hecho en nuestro favor despues de su Asuncion y coronacion, y comprenderemos que lejos de olvidarnos, su alma está siempre propicia para dispensarnos beneficios. ¡Cuántos bienes no ha dispensado á los mortales! ¡Cuántas gracias no ha alcanzado para ellos! ¡A cuántos miles de pecadores no ha libertado del fuego eterno! ¿Quién clamó á ella que no saliera socorrido? ¿Quién invocó su nombre en el dia de la afliccion, que no conociese su proteccion? ¿Qué pecador la llamó en su auxilio, que no espermentase el efecto de su maternal proteccion? Por todo lo cual inducireis lógica-

mente que las caritativas ocupaciones de María son todas en favor de las criaturas. El enfermo en el lecho del dolor, el caminante en medio de los desiertos, el indigente en su necesidad, el navegante en medio de las encrespadas olas del mar, todos encuentran siempre en María el consuelo, la medicina y el mas misericordioso amparo. Bien podemos repetir para nuestro consuelo que no hay quien se esconda del calor de su caridad (1). Un ángel lo afirmó á Santa Brígida, diciéndole que no hay mortal que pida y quede sin recibir gracias de la caridad de María (2). ¡Ah! ¿Qué hace la Santísima Virgen, pregunta Novarino, cuando ve á sus hijos en la tempestad de las tentaciones afligidos? Los cobija con su amor, como dentro de sus propias entrañas, y allí los protege y no deja de guardarlos hasta que los coloca en el seguro puerto del paraiso (3). Nadie, pues, como María se interesa por nuestra felicidad: ella vela incesantemente por nosotros para que no nos dejemos seducir por la corrupcion del siglo. Ella es una Madre tierna y cariñosa, empleada siempre en dispensarnos beneficios, y así como el Señor no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y que viva, así María identificada en los mismos sentimientos del que tuvo en sus entrañas, no quiere ni desea otra cosa sino el conducirnos por la senda de la salvacion. Por esto entusiasmado un Padre, esclama con júbilo: «es imposible que se pierda ningún devoto de María.»

(1) Nec est qui se abscondat á calore ejus. Ps. XVIII, v. 7.

(2) Ex dulcedine Mariæ nullus est, qui non per eam, si petitur, sentiat pietatem. Rev. lib. 3, cap. 30.

(3) Fidelium piissima Mater, furente tentationum tempestate, materno affectu eos velut intra viscera propria receptos protegit, donec, in beatum portum reponat. Novar. Umbr. cap. 14.

Os dije, carísimos oyentes, que os haria ver teórica y prácticamente los caracteres ó señales que debian distinguir á la caridad. Con San Pablo os demostraré estos signos, que prácticamente os he hecho ver en la conducta admirable de la Santísima Virgen. Si yo os preguntase ahora, si apreciáis como debeis la proteccion benéfica de María, si deseáis que ella os alcance gracias y auxilios oportunos, si teneis un consuelo en tener por Madre á una Señora, cuyo corazon es todo caridad, y su poder tan grande para alcanzar misericordia, y si finalmente, anhelaís por tenerla á vuestro lado, cuando llegue el momento terrible de vuestra muerte, para que conduzca vuestras almas en sus manos ante el tribunal de Dios, y que allí interceda por vosotros, indudablemente me contestaríais que no son otros vuestros deseos, y que este es el fruto que esperais sacar de la cordial devocion que la profesais. Pues bien, esto no se consigue bajo ningún concepto, si contentos con admirar sus virtudes no nos aplicamos á imitarla. Cuando acá en la tierra deseamos captarnos la voluntad de alguna persona, lo primero que hacemos es observar su género de vida y sus costumbres, para imitarle y conseguir su aprecio y amistad, porque por lo comun el hombre no se asocia con aquellos que piensan de diverso modo que él, y su conducta y proceder difieren de la suya. Supuesto este principio, ¿cómo es posible que la Santísima Virgen en quién de un modo tan admirable resplandece la caridad, proteja, ampare y dé sus auxilios á aquel que embriagado con el egoismo y queriendo dominar sobre sus hermanos, observe una conducta tan diversa de la suya? ¿Cómo es posible que cubra con su manto á aquel usurero que cual venenosa sanguijuela chupa

la sangre del infeliz bajo el pretexto de hacerle una buena obra, socorriéndole en su necesidad? ¿Cómo rogará por aquel pecador obstinado que no teniendo otro Dios que su vientre, vé tranquilo la necesidad del prójimo, sin moverse á socorrerla? ¿Y colmará de sus beneficios á aquel murmurador que no solamente goza en descubrir las faltas ajenas, sino que las aumenta ó las agrava á su capricho? No, señores, por mas que así quiera creerlo una falsa devocion, María no protegerá ni dispensará sus beneficios al egoista, al ambicioso, al que no tiene caridad con sus prójimos, al menos que arrepentidos y contritos no se reconcilien con su divino Hijo, empezando desde el mismo momento á practicar la caridad, y hacer bien á sus semejantes.

Ricos orgullosos, hombres en cuyo corazon está arraigada la soberbia, espíritus en los que ningun efecto causa la miseria ajena, ¿quién sois? ¿Creeis acaso que sois eternos, que os va á durar siempre lo que poseeis, que avasallareis siempre á vuestros hermanos, que abusareis continuamente de aquellos que están á vuestro servicio? Salid de vuestra casa, en buen hora, cubiertos con vuestras mejores y mas lujosas prendas y dirigid vuestros pasos hácia un cementerio, y sentaos allí en la mansion de los muertos. Leed aquellas losas sepulcrales; vereis en ellas los restos del rico, los del pobre, las cenizas del guerrero y las del mendigo, los tristes despojos del señor y del criado. Moved aquella tierra que pisais, sacad unos huesos áridos y descarnados y decidme, ¿son de un potentado? ¿de un conquistador? ¿de un millonario? ¿de un infeliz que tal vez murió víctima de la necesidad? ¡Ah! que ciertamente no sabreis contes-

tar. Pues bien, reposad allí un momento, allí donde reina el silencio de la muerte, y preguntaos despues á vosotros mismos, ¿dónde está aquí el orgullo? ¿dónde la vanidad? ¿dónde la soberbia? ¿qué diferencia hay aquí entre los hombres, entre el grande y el pequeño, entre el que mandaba y era dominado, entre el orgulloso y el humilde? Esta consideracion no podrá menos de haceros ver la nada de las cosas del mundo, lo pasajero de las grandezas, el engaño de la sociedad, y elevando despues los ojos al cielo, esclamaréis: todo es ilusion menos la muerte; con ella todo se acaba menos la virtud. ¡Dichosos vosotros, mis hermanos, esclamaréis por último, dichosos vosotros si amando á Dios y á vuestros prójimos, si ejerciendo la caridad cristiana, merecisteis que vuestras almas hayan entrado en el paraíso de la gloria!... ¡Mañana descansarán mis cenizas revueltas con las vuestras!... ¡Infeliz de mí, si embriagado con los placeres del mundo me sorprende la muerte en pecado y sin caridad!...

No permita Dios que nuestra indocilidad á practicar el bien nos conduzca, amados hermanos, á una perdicion eterna; no permita por su misericordia infinita que seamos víctimas de nuestras propias pasiones. Ahora que estamos en tiempo, lloremos nuestras culpas y practiquemos la caridad. Fijemos nuestros ojos en esa Virgen singular, en ese perfecto modelo de caridad, y tratemos de imitarle en cuanto nos sea posible. De aqui adelante miremos en cada uno de nuestros prójimos un hermano, hijo como nosotros de Jesucristo y heredero de su gloria. Nuestro Dios y nuestra adorable religion admiten á todos sin distincion á la participacion de unos mismos sacramentos; en la

mesa Eucarística, reparte el pan de los ángeles lo mismo al rico que al pobre. María Santísima ruega por el justo para que se justifique mas, y ruega por el pecador para que salga de su infeliz estado. Sea, pues, en adelante nuestra caridad tal que nos haga distinguir por hijos de Jesucristo, segun su voluntad. *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.* El precepto de la caridad nos ha sido impuesto por el mismo Jesucristo: basta esto para que nos apresuremos á practicarla. No cerremos nuestros oídos á los clamores del pobre, gocémonos en hacer bien, en llevar el consuelo allí donde reina la necesidad, salgamos al encuentro de la miseria y enjuguemos las lágrimas del pobre. Si la escasez no permite socorrer una necesidad, puede no obstante ejercerse la caridad, porque se puede sentir con el que siente, se puede aconsejar, se puede llorar, y si la caridad es heroica se puede implorar para socorrer y aliviar las necesidades. Si así lo hacemos, si al amor de Dios unimos el amor del prójimo; si de este modo ejercemos la caridad, habremos cumplido la voluntad del Señor, y mereceremos la proteccion de la Santísima Virgen, y en premio de que nosotros habrémos velado por nuestros hermanos, María velará por nosotros, socorrerá nuestra miseria, nos librárá de todos nuestros enemigos, y nos alcanzará las bendiciones de nuestro Dios.

¡Oh María, Madre caritativa! Estamos plenamente convencidos de que con vuestra proteccion no pereceremos jamás: alcanzadnos de vuestro Divino Hijo que reine en nosotros el espíritu de caridad cristiana, á fin de que en cada uno de nuestros prójimos veamos un hermano, y que con todos estemos unidos con los

fuertes vínculos del amor: haced, Madre mia, que permanezcamos firmes en estos pensamientos; preservadnos de ese funesto egoismo que viene estendiéndose entre nosotros: alcanzadnos de vuestro divino Hijo que reine en nuestros corazones la caridad y con ella todas las demas virtudes, á fin de que no apartándonos de su santísima ley, tengamos un dia la suerte de ser participantes de su bienandanza en la mansion feliz de la gloria. Amen.